

No fué momentánea la lucha, ni débiles y pasajeros los combates. Por tres siglos estuvo levantada la cuchilla, encarnizada el poder, armada la persecucion mas desastrosa; y estos tres siglos de persecucion y de rabia, en que la crueldad, inspirada por todas las pasiones y por todos los odios, pareció haberse excedido á sí misma, no sirvieron de otra cosa, sino de hacer mas brillante la conquista, mas universal la victoria y mas glorioso el triunfo del Evangelio. *La sangre de los mártires*, segun la enérgica expresion de Tertuliano, *era una semilla de cristianos*; y este concepto que podría parecer una exageracion poética de la admiracion electrizada, no es otra cosa, que la expresion elocuente de la realidad mas incontestable.¹

CAPITULO XIV.

CONTINUACION.

Hemos presentado una reseña histórica, y en extremo rápida, de los sucesos: solo nos resta el hacer á propósito algunas reflexiones, que podrán mirarse como otros tantos argumentos de la divinidad del cristianismo y de su Autor. Para convencernos de esto, basta formar un sencillo raciocinio. Lo que excede á la posibilidad humana en el orden del bien, es por su naturaleza divino: es así que el establecimiento y propagacion del cristianismo es una obra de esta clase; luego es una obra divina; y por consiguiente, así ella como su Autor que es Jesucristo, tienen este carácter esencialmente. Luego Jesucristo es Dios, y su religion es divina.

Veamos ahora comprobada la incompatibilidad que hai entre el establecimiento y propagacion del cristianismo con el uso exclusivo de los recursos humanos. En el desarrollo de esta prueba no harémos otra cosa, que extractar un discurso del célebre Bullet.

“Para formarnos una exacta idea de la trasformacion que produjo en el mundo el establecimiento del cristianismo, y penetrar el secreto resorte del cambio mas interesante y prodigioso que jamas hubo, es indispensable, dice el autor citado, trasladarnos hasta el momento de la publicacion del Evangelio, y considerar allí la empresa que se concibe, la

¹ Esta narracion compendiosa del establecimiento del cristianismo, está extractada, en su mayor parte, de la obra ya citada de Pointer.

extension que se la da, el tiempo en que se acomete, los autores que para ella se eligen, la conducta que se observa, los obstáculos que es necesario vencer y el éxito que se espera.”

§. I.

Empresa.

“Se trata de destruir la idolatría, de aniquilar el judaismo y de establecer el cristianismo sobre sus ruinas.”

“En los tiempos en que aparecieron los apóstoles, toda la tierra, á excepcion de la Judea, estaba sumergida en la idolatría. Esta religion, meramente humana, entra en los gustos del hombre, favorece sus inclinaciones, lisonjea sus afectos. Todo en ella halagaba los sentidos y contentaba la imaginacion. Su sistema era tan risueño, que aun hoy produce el encanto de nuestra poesia y de nuestros espectáculos. Su culto no reunia ménos atractivos que sus dogmas: los sacerdotes, magníficamente vestidos, inmolaban las víctimas adornadas con pompa. Los jóvenes de ambos sexos, ataviados con blancos vestidos talares, y coronados de flores, servian de ministros. El pueblo colocaba en el templo cuanto poseía de mas rico: los magistrados, revestidos con las insignias de sus dignidades, aumentaban con su presencia el esplendor de la ceremonia. El aire estaba lleno de los mas dulces perfumes; y las mas bellas voces y los instrumentos mas gratos formaban seductores conciertos. Al sacrificio seguian los festines, las danzas, los juegos, las iluminaciones y los espectáculos.”

“La moral del paganismo, lejos de combatir las pasiones, las halagaba sin medida, en términos que cada una de ellas parecia tener su primer tipo y su mas grande protector en las mansiones celestiales. La lascivia adoraba á Vénus, la embriaguez á Baco, el robo á Mercurio; y de este modo no carecia el crimen de una mano protectora que le facilitara el paso de la laguna estigia, y le preparase una mansion en los campos Eliseos.”

Cuanto puede autorizar un culto apoyaba tambien una religion tan cómoda: se habian alimentado con ella todos los pueblos, y encantados con sus atractivos, la consideraban como la mas preciosa herencia de sus padres. Esta religion era tan antigua, que no pudiéndose alcanzar su origen, pasaba por contemporánea del universo. Todos los siglos, todas las naciones la daban testimonio. Aquellos sabios legisladores, cuyas leyes encontramos aún en nuestros có-

digos; aquellos grandes filósofos cuyas obras admiramos; aquellos oradores cuya elocuencia nos trasporta; aquellos historiadores que sirven hoy de modelos; tantos genios felices, tantos célebres talentos que produjeron Roma y Grecia, ofrecían sus tributos y cantaban sus alabanzas á los dioses.

Los judíos formaban el pueblo querido del Señor; pero aguardaban un Mesías diverso de Jesucristo; un Mesías que debía despedazar el yugo de los romanos, restablecer en su grandeza y esplendor primitivo el trono de David y de Salomón, y someter al universo todo bajo el imperio de sus leyes por una brillante serie de victorias y de conquistas.

A religión y culto de esta naturaleza, á preocupaciones tan amadas y tan antiguas, á esta liga impenetrable del culto, de la moral y los dogmas con los sentidos, la imaginación, los intereses y las pasiones, ¿qué pretende sustituir el cristianismo? El dogma de un solo Dios espiritual é infinito, de un Ser que los ojos no pueden ver, ni la imaginación representarse, ni el espíritu comprender; que registra hasta nuestros más secretos pensamientos, y que es el dueño exclusivo de nuestro vasallaje y adoración: uno en esencia y trino en personas: un Verbo encarnado en el vientre de una virgen, y que nace sin que se altere en lo más pequeño la virginidad de la madre; un Dios Hombre que nace miserable, vive oscuro, anda perseguido y muere atormentado; que sin embargo, por esta muerte triunfa de la muerte, salva al mundo y establece un reino inmortal. En cuanto á los judíos, se les propone, que su lei ha fenecido, que su culto ha terminado, y sus ceremonias quedan abolidas; y que en vez del conquistador que aguardaban, deben reconocer y adorar por el Mesías al hijo de un artesano, y que muere sobre una cruz.

A una doctrina incomprensible reúnen los cristianos una moral severa. Era tan perfecta su lei, que sus enemigos la llamaban impracticable. Enseñaba todas las virtudes; combatía todas las pasiones; encadenaba todas las tendencias. Por lo demás, ¿qué de preocupaciones no se aglomeraban contra el establecimiento del cristianismo, independientemente de su doctrina y de su moral! Era una religión que apenas acababa de nacer, y sobre la cual había impreso un carácter de ignominia el humillante suplicio de su divino Autor; una religión anunciada por algunos hombres pobres, groseros é ignorantes, y á quienes apellidaban los griegos y romanos con el despreciativo apodo de *bárbaros*: una religión que con atacar á los dioses, pasaba por ateísta, y que bajo este respecto, se la tenía como la fuente de las calamidades

públicas; una religión proscrita desde su nacimiento por las leyes del imperio, y castigada con los más crueles suplicios, una religión cuyo culto simple y sin aparato no concedía cosa alguna á los sentidos; una religión, en fin, que exigía el sufrimiento de todos los males presentes en cambio de una recompensa invisible que prometía para después de la muerte.

He aquí la empresa. ¿Era posible que se ejecutase por uno solo de todos los recursos humanos! La respuesta es muy obvia, y creemos por tanto, que la simple consideración de la empresa basta para concluir del mero establecimiento del cristianismo su divinidad y la de su Autor."

§. II.

Continuacion.

"Pero no nos detengamos en las consideraciones precedentes; demos un paso más, reflexionando á propósito, que no se trata de limitar el cambio referido al círculo de una ciudad, de una provincia, de un pueblo: porque este designio no reconoce otros límites que los términos del mundo. Los hielos del Norte, los ardores del medio-día, la inmensidad del Océano, las alturas inaccesibles que forman las cordilleras de los montes, las abrasadoras arenas del desierto, serán barreras impotentes para detener su curso. Ese imperio romano, que se nombra imperio del mundo, no será sino una parte de esta Iglesia que va á establecerse. El romano soberbio, el asiático afeminado, el indio voluptuoso, el mauro estúpido, el orgulloso germano, el escita feroz; todos estos entran en la empresa. Se ha de predicar el Evangelio en las sinagogas de los judíos, en los templos de los ídolos, en las academias de Atenas, en la corte de los príncipes. El pretendido imperio de los climas, la antipatía de los espíritus, el zelo de la gloria, la rivalidad de la dominación, la división de los intereses, la diversidad de las opiniones, la contrariedad de los efectos, la diferencia de las costumbres, lo disímulo de los usos, los vicios característicos de las naciones; nada de esto servirá de obstáculo, para que los pueblos todos se reúnan por último en una misma sociedad, y adopten la misma creencia, y sigan las mismas máximas, y se ejerciten en las mismas virtudes, y se consideren todos como hermanos. No bastó á los romanos llamarse los señores del mundo, para creerse capaces de suplantar con su idioma el de las naciones vencidas; pero los apóstoles emprenden y consi-

guen extinguir los dioses de todas las naciones, y sustituir en su lugar, para la adoracion pública, la imágen de un hombre muerto sobre una cruz: pretenden y consiguen triunfar á un mismo tiempo de las tendencias de la naturaleza, de la fuerza de las inclinaciones, de la tiranía de los hábitos, del imperio de las preocupaciones, del poder de las leyes, de las impresiones, de la costumbre y de la fuerza de la educacion en todas las regiones del universo."

Tiempo. "¿Pero qué tiempo se elige para acometer y llevar á cabo esta empresa! ¿Es acaso aquel en que los hombres, esparcidos por los bosques, vivian sin sociedad, sin leyes, sin policía, sin artes, sin ciencias; aquel tiempo en que la ignorancia y la tosquedad de la multitud daban á los hombres de algun genio tanta facilidad para sojuzgar las masas! Nada ménos: al contrario, eligen el siglo de Augusto, el siglo mas culto, mas ilustrado, mas fino; aquel siglo en que Roma, reina ya de las naciones por sus armas, era tambien la señora del mundo por sus doctrinas y sus leyes; aquel siglo que ofrece á nuestros espíritus la idea del gusto, del genio, de la erudicion, de los talentos; aquel siglo que se tuvo como la regla de perfeccion en todos géneros, y cuyo solo nombre se ha considerado como un elogio en las edades mas cultas de los tiempos modernos. Todo el imperio estaba lleno de filósofos, de oradores, de poetas, de historiadores. El amor de las letras era universal. . . . Cada uno conocia las opiniones de las diferentes sectas, y se decidia por aquellas, que á su juicio debian ser preferidas á las otras por la fuerza de las razones, ó por la verosimilitud de las conjeturas."

"A la ilustracion del espíritu correspondia perfectamente la corrupcion del corazon; pues jamas habia llegado á tan alto punto el desarreglo de las costumbres."

"En este siglo de luces, á estos hombres tan zelosos de los derechos de la razon habituados al goce de una plena libertad en el pensamiento, se anuncia una doctrina impenetrable, una doctrina que parece chocar al buen sentido y combatir las verdades mas evidentes. Preténdese que estos hombres crean con la simplicidad y docilidad de unos niños los misterios incomprensibles que se les predicán; y en vez de ganar su convencimiento en favor de tan extraños dogmas por medio del racionio, no se les habla sino de una ciega sumision, de que cautiven su espíritu, de que se sometan sin réplica el omnímodo vasallaje de la razon. Prescribense reglas de conducta que alarman el corazon, que contradicen las inclinaciones todas y hieren todas las tendencias, á unos hombres que nadan en los placeres, que están impuestos á

no rehusar cosa alguna á sus pasiones, y en quienes ha venido á formar una segunda naturaleza el hábito continuo y arraigado del desórden: se les exige que se despidan de todos sus placeres, resolviéndose á pasar en lo de adelante su vida entre las penas y los rigores de una dura austeridad; se les manda que detesten todos los vicios, que practiquen todas las virtudes; y no creyéndose todavia suficiente que estos hombres corrompidos detesten sus acciones criminales, se les prohíbe aun todo pensamiento y hasta el menor desseo de cometerlas."

"¿Quién hubiera podido imaginar un tiempo ménos á propósito para concebir el desigmo de cambiar las opiniones, el culto y las costumbres del mundo! ¿No se hubiera creido que el solo pensamiento de una empresa tan extraña bastaba para compadecer á su autor, como el mas insensato y demente de todos los hombres! ¿Está en el órden de la humana posibilidad, el que una empresa de este carácter ganase por lo ménos algunos partidarios en la época difícil que acabamos de describir! No. ¿Qué consecuencia pues debemos inferir á vista de la historia! Que pues en un tiempo tal tomó cuerpo la empresa, y se estableció el cristianismo, y progresó por una serie de triunfos hasta poner en ruina y desolacion el teatro vastísimo de los antiguos cultos, destronar á la orgullosa filosofía y llamar las costumbres á la severidad evangélica; este solo hecho comprueba que Jesucristo es Dios, y su religion es divina."

§. III.

Autores.

"¿Pero cuáles son esos genios á quienes está cometida una empresa tan colosal! ¿Son por ventura los oradores, los filósofos, los sabios políticos; esos hombres, en fin, cuya sola reputacion parece una garantía del triunfo! ¿Son acaso esos personajes á quienes la superioridad de los talentos concede los derechos mas incontestables sobre el espíritu y el corazon! No son sino unos judíos, blanco de todos los tiros de la sátira por la credulidad necia que se les atribuye; unos judíos á quienes odian y desprecian todas las naciones; unos pescadores sin principios, sin talentos, sin literatura; unos hombres débiles y tímidos; son, en fin, hombres cuya condicion bajísima, cuyo exterior, cuyas modales no inspiran mas que desprecio. He aquí á los que emprenden instruir á los griegos, padres de las ciencias y de las artes, y á los

romanos, señores del mundo: he aquí á los que se proponen convencer á los sabios de locura, á los filósofos de ignorancia, y de error á todo el universo. He aquí un hecho que la historia nos ha traído libre de contradicción hasta los tiempos en que vivimos. Todos los comentarios son excusados; aquí todas las reflexiones son superfluas y aun embrazosas. Basta pues referirle sencillamente, para convencerse de que, pues tales hombres fueron los agentes de Jesucristo, y de hecho sometieron á su cruz el mundo todo, Jesucristo es Dios, y su religion es divina."

§. IV.

Medios.

"Adelantemos un poco nuestras investigaciones, porque muchas veces lo que no puede esperarse de ciertos hombres, atendida la oscuridad en que viven, suele realizarse de facto por la naturaleza de los medios que se emplean. Dotado de una prodigiosa fecundidad, el genio parece bastarse á sí mismo: cria recursos, y no pocas veces improvisa las mas grandes y estupendas revoluciones. ¿Mas de qué medios se sirven los apóstoles para realizar su designio? ¿Con qué recursos cuentan? ¿Acaso con el poder de la elocuencia? Los apóstoles no conocen el arte de Demóstenes y Ciceron. ¿Acaso con la elegancia en el decir, con la correccion de su frase, con las gracias de la lengua? Los apóstoles hablan como el vil populacho: su griego no es puro, y con demasiada frecuencia mezclan los idiotismos del hebreo, haciendo insoportable su dición al oido cultísimo de los griegos y romanos. ¿Por ventura los encantos del estilo? Su estilo está erizado de paréntesis, y en él reina, por lo comun, un desórden que causa pena, y fatiga la atencion. ¿Será la fuerza del raciocinio? Los apóstoles siguen un camino mui opuesto. No dan otras pruebas de los dogmas que predicán, sino la mision de que se hallan investidos. ¿Vendrá tal vez el artificio á seducir con sus diestros amañes lo que no ha cedido al peso de las razones, ó á los encantos de la elocuencia? Jamas hubo en el mundo conducta mas simple, mas recta, mas franca, mas accesible que la de los apóstoles."

"¿Contaban con las riquezas? Ya se ha dicho que eran unos pobres pescadores, reducidos á proporcionarse una módica subsistencia con el trabajo de sus manos. Tampoco tenían de su parte la autoridad y el poder, pues que estos

hombres habian salido de la hez del pueblo, y se concitaban el público desprecio igualmente por la oscuridad de su origen y la bajeza de su profesion. Hemos pasado la vista por todos los recursos humanos, y no nos queda ya otro que el de la fuerza física: ¿y con qué fuerza contaban los apóstoles? ¿Qué fuerza para subyugar á todo el universo, un grupo compuesto de doce pescadores! Ellos atraieron sectarios, no por el esplendor de los triunfos guerreros, sino por su paciencia; no por el brazo armado con el acero, sino succumbiendo á los golpes que asestan sobre ellos para destruirles. Sufrir, derramar su sangre, morir; he aquí todas sus armas."

"Es preciso convenir en que tales medios y semejantes recursos no han entrado nunca, ni pueden entrar jamas, en el cómputo de la política humana, para someter á los pueblos; que solo un Dios podia realizar tamaña empresa; y que habiéndose realizado en efecto, seria la mas insigne locura negar que Jesucristo es Dios, y su religion divina."

§. V.

Obstáculos.

"Los obstáculos que tenían los apóstoles están suficientemente indicados con el carácter y extension de su empresa, con la pintura de la época en que aquella debía ser acometida, por los hombres que habian de ejecutarla y con los extraños medios que exclusivamente habian de emplear á fin de realizar su designio. Sin embargo, no será fuera de propósito llamar la atencion de nuestros lectores hácia la historia de aquellos tiempos, y recordarles que los paganos y los judíos manchaban de continuo el cristianismo con sus calumnias y le oponian sus diabólicos prestigios; que los herejes le dividieron con sus errores; que los filósofos le atacaron con sus escritos; que los príncipes y los pueblos le persiguieron con la violencia. Los paganos acusaban á los cristianos de ateísmo y de subversion, les tachaban de mágicos, les consideraban como plebeyos, les miraban como insensatos, y les levantaban mil falsos testimonios. Los judíos les reprochaban que eran hombres insignificantes, cismáticos, refractarios de su lei, mentecatos en su creencia, contradictorios en sus misterios, impíos en sus interpretaciones de la Escritura. Los herejes tomaron con tal empeño la ruina de esta naciente sociedad, que San Clemente Alejandrino confiesa de buena fé, que el gran número de los errores de aque-

llos retardaban extremadamente los progresos de la verdad. Los filósofos á su turno, ménos entusiastas pero mas astutos, estudiaron los dogmas del cristianismo y meditaron sus libros con el fin de hacer parecer en su mayor fuerza cuantas dificultades eran capaces de oponérsele. Celso, Porfirio, Juliano compusieron obras en las cuales empleaban todos los recursos de su talento, para dar un aire plausible á la idolatría, para recargar el cristianismo de contradicciones y absurdos, y no contentos con escribir, declamaban públicamente contra los cristianos."

"En fin, desde que la religion cristiana se anuncia, el universo entero conspira contra ella para perderla. Los judíos cargan á los apóstoles de cadenas y les hacen morir; los pueblos y las ciudades en masa se levantan contra los fieles, haciéndoles el blanco del furor universal; los emperadores con sus leyes arman contra ellos á los magistrados. A la persecucion de sangre hacen suceder la de las caricias, y todo el mundo se esfuerza en seducir á los que no ha podido vencer. Riquezas, honores, dignidades, favores del príncipe; todo se promete para ganar á estos hombres ya ensordecidos al dolor, á unos hombres para quienes se habian embotado los tormentos, y respecto de los cuales habia dejado ya de existir el aguijón de la muerte."

§. VI.

Exito.

¿Qué resultó por fin de la empresa formada por los apóstoles? ¿Qué buen resultado podia esperarse respecto de unos hombres que no empleaban por medios sino obstáculos? ¿Admirable conquista! A la voz de doce galileos se cimbra el antiguo mundo, y el universo todo queda trasformado. Concluyamos: el cristianismo ha causado en el mundo la revolucion mas sorprendente, y obrado en el hombre el cambio mas prodigioso, haciéndole aborrecer lo que ántes amaba, y amar con ternura lo que ántes aborrecia. Desde el nacimiento de la Iglesia se vió con pasmo, en diferentes partes del mundo, á una multitud de hombres desprenderse voluntariamente de cuanto se solicita con mayor entusiasmo, y volar en pos de todos los objetos que hacian huir á los demás. Parece que á sus ojos cambian de naturaleza los bienes y los males: desdeñan las riquezas, odian los placeres, desprecian la gloria, y no consagran su afecto sino á la pobreza; aman las penas y desean los oprobios: se les maldi-

ce, y ellos bendicen; se les maltrata, y ellos hallan consuelo; se les persigue, y se consideran dichosos; se les carga de cadenas, y en esto cifran gran parte de su gloria. Yo me atrevo á desafiar á toda la elocuencia humana, á toda la razon humana, á toda la sabiduría humana, á todo el poder humano, á que produzcan un cambio semejante en un solo hombre. ¿Cómo fué pues, que doce pescadores ignorantes, inhábiles y groseros, consiguieron obrarlo, no ya en un hombre, no ya en un pequeño número de hombres, sino en una multitud inmensa, que es imposible contar? ¿Es natural que el hombre ahogue por sí todos los gritos de la naturaleza! ¿Es natural que por sí destruya todas sus inclinaciones mas queridas! ¿Es natural que por su propia virtud ame cuanto ántes aborrecia! Aun cuando la religion cristiana desde su nacimiento hubiera hallado en el mundo todo el favor y todo el apoyo imaginable, aun cuando los apóstoles hubieran sido hombres elocuentes, sabios, distinguidos por su nacimiento y estimados por sus talentos; no por esto dejaría de ser un prodigio, y de los mas sorprendentes, la ejecucion de esta empresa que importaba nada ménos que la trasformacion del hombre, y el cambio del universo. ¿Qué prodigio es, ó mejor dicho, qué de prodigios no envuelve en sí mismo el éxito de las tareas apostólicas, siendo lo que eran sus autores, destituidos de todos los recursos, y teniendo contra sí obstáculos que humanamente era imposible vencer! Volver la vista á un ciego de nacimiento es un milagro que ninguno cuestiona; ¿podrá pues sostenerse como una obra del humano poder el hecho de cambiar la religion, las costumbres, las leyes, los hábitos, los usos, las preocupaciones, las opiniones, los sentimientos, los gustos, las inclinaciones, las tendencias todas, en una palabra, el espíritu y el corazon de una infinidad de hombres."

§. VII.

Observaciones sobre lo precedente.

Se ha pretendido explicar esta rápida propagacion por causas naturales, colocando en este número el zelo de los apóstoles, la inmortalidad del alma, el poder de los milagros, &c. &c.; pero estos pretendidos antagonistas se cegaron hasta el extremo de no comprender que estaban abogando

¹ *Bullet.* Histoire de l'établissement du christianisme, Discours sur cet histoire. (Extracto.)

por la causa que contrariaban, pues estas pretendidas causas naturales no eran otra cosa que unos efectos esenciales y exclusivos del poder sobrenatural comunicado á los apóstoles.

“Dejemos estos sueños filosóficos, dice La-Mennais, y pues que ha sido necesario referirlos, que sirvan á lo ménos para hacernos concebir la imposibilidad de explicar por causas naturales el triunfo de la religion de Jesucristo. Y para comprender aun mejor esta importante verdad, observemos que si el cristianismo no fuera obra de Dios, no habria podido establecerse sino de dos maneras, á saber; ó por la conformidad de su doctrina con los pensamientos, con los deseos é inclinaciones del hombre, ó por causas extrínsecas igualmente propias para lisonjear sus inclinaciones, sus deseos y sus pensamientos; porque es una contradiccion absurda suponer que el hombre abandonado á sí mismo pueda querer lo que le hiere ú ofende, y obrar contra todas sus inclinaciones. Pues esto es lo que se hubiera verificado si el establecimiento del cristianismo no fuera divino: de suerte que es necesario elegir entre dos milagros: un milagro del poder y bondad de Dios, si la religion es divina; ó un prodigio de absurdos, si no lo es.—En efecto, el cristianismo es esencialmente y en todas las cosas opuesto á la naturaleza del hombre degradado; y no siendo así, ¿cómo la reformaría! ¿cómo hubiera producido las virtudes sublimes que Gibbon mismo admira!—El hombre está naturalmente dominado de la soberbia y del orgullo: quiere ser ensalzado, honrado y distinguido; aspira á mandar, á ser el primero en todas partes, y siempre. El cristianismo le dice: “deprímete, humíllate, obedece, sé el último.”—Su curiosidad no tiene límites, quiere saber, juzgar. El cristianismo le dice: “cree.”—Quiere satisfacer sus deseos y apetitos, y gozar de lo que lisonjea sus sentidos. El cristianismo le dice: “haz penitencia, castiga tu cuerpo, mortifícate y sufre.”

He aquí sin duda una doctrina opuesta á las inclinaciones del hombre. ¿Pues quién ha podido determinar á los hombres á abrazarla! ¿Qué compensacion les ofrecia por los sacrificios que exigia de ellos! ¿Qué utilidades, qué ventajas exteriores hallaban en la profesion del cristianismo!—El orgullo hallaba en él la pérdida de las dignidades, de los honores, de los bienes, la irrisión, el oprobio.—La vana y curiosa razon, en lugar de la *sabiduría* filosófica, tan seductora para la misma razon, hallaba la *locura de la cruz*; ¹ en

¹ Cruci sapientiam quarunt: nos autem predicamus Christum Crucifixum: judeis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam. Ep. 1 ad Corinth. 1, 22, 23.

lugar de la ciencia del siglo, una fe humilde ó misterios incomprendibles que chocaban al sentido humano. En fin, los sentidos hallaban todo lo que resisten y repelen con horror; una vida pobre y dura, prisiones, cadenas, ecúleos, braseros, cadalsos. Transportáos al circo: un cristiano debilitado ya por los tormentos que ha sufrido, aparece en la arena. Escuchad los gritos furiosos del populacho, las frias burlas de los sofistas, los sarcasmos de los grandes. Se ultraja y maldice á este hombre, que de allí á unos momentos va á ser despedazado por las garras de las bestias feroces. Una palabra que diga, una sola palabra puede salvarle; y él, sin embargo, no la pronuncia: decimos, ¿qué motivo humano le alienta á morir con una muerte tan espantosa, en medio de las execraciones públicas! Explicadnos este extraño amor de suplicios y de ignominia. Yo veo al mártir extender sus brazos en cruz, y mirar al cielo; y ya no busco en la tierra la explicacion de su constancia, y la razon de su sacrificio. En la época en que el cristianismo fué anunciado al mundo, nada habia, ni en él, ni fuera de él, que no debiese mover á los hombres entregados á sí mismos á desecharle. Luego el cristianismo no se ha podido establecer por causa alguna humana. Luego el cristianismo es divino en su establecimiento. La filosofía misma conviene en ello, cuando procede de buena fe, y cede á una evidencia que ningun sofisma puede oscurecer. El Evangelio predicado por gentes desconocidas, sin estudios, sin elocuencia, cruelmente perseguidas y destituidas de todo apoyo humano, se establece en poco tiempo en toda la tierra. Este es un hecho que nadie puede negar y que prueba que es obra de Dios. ¹ Los mismos deistas lo han confesado y Rousseau conviene en que la historia de estos primeros tiempos es un prodigio continuo. ²

§. VIII.

Perpetuidad del cristianismo.

Para concluir esta prueba, digamos una palabra sobre la perpetuidad del cristianismo. Este fenómeno es de un carácter único en la historia: nada mas controvertido que la religion cristiana, nada mas combatido que sus dogmas, nada mas atacado que sus misterios, nada mas discutido que su

¹ Bayle, Diet. Crit. art. Mahomet. Nota O.

² La-Mennais. Essais sur l'indifference en matiere de religion. Part. IV, chap. XVI.

doctrina; y sin embargo, nada mas perpetuo y universal que su subsistencia. Yo abro la historia de los establecimientos humanos, y paso la vista por ese dilatado panteon en que la gloria y la fama de todos los siglos ha ido colocando á los genios ilustres y á los talentos célebres. Licurgo era un príncipe de la real sangre de Lacedemonia, poseía un talento extraordinario, ganó una fama estupenda, y el oráculo de Delfos pronuncia que este hombre esclarecido, ántes debía considerarse como un Dios que como un hombre. Sin embargo, sus leyes no salieron de los límites de Lacedemonia, y pocos siglos bastaron para que hubieran quedado sepultadas bajo los escombros del tiempo. Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenon, &c., eran grandes filósofos; admirábanse sus talentos, su erudicion, su genio: unian á la fuerza del raciocinio los encantos de la elocuencia y las gracias del estilo: sin embargo, estos hombres jamas pudieron corregir los vicios, ni mejorar la condicion moral de su patria, ni reunir mas que un corto número de discípulos. Apolonio de Thyana tuvo altares dentro y fuera de su patria, arrastró la veneracion de los emperadores y conquistó el sufragio de los filósofos. Mas todo en vano, porque á muy pocos pasos del tiempo se disipó, como el humo, esta divinidad facticia.

¿Quiénes mas zelosos de propagar su religion que los mahometanos? ¿Por qué pues no han sacado sus pulpitos fuera del teatro de sus mesquitas? ¿Por qué ni aun se han atrevido á persuadir su creencia con la palabra, para conquistar el convencimiento de esos cristianos que gimen todos los dias bajo el tiránico peso de su dominacion, y que hallarian grandes ventajas temporales con sujetar su creencia y sus convicciones á los delirios del Alcoran?

En vano se registran todos los establecimientos humanos: la política con todos sus resortes, la opulencia con todo su valimiento, el genio con todo su poder, la literatura con todos sus atractivos, las bellas artes con toda su pompa, los conquistadores con todos sus triunfos, los ejércitos con su indómita fuerza, y cuanto en su esfera contienen la sabiduría y el poder humano, inútilmente han aspirado á la perpetuidad. Todo está sujeto á un sistema de perenne renovacion, y ninguna cosa puede mantenerse contra los embates del tiempo. En medio de tantas vicisitudes como experimenta un mundo que á cada paso cambia de aspecto, solo el cristianismo permanece inmutable. ¿No es este pues un milagro continuo? “Sí, es preciso reconocerlo, dice un autor de estos últimos tiempos, en que á pesar de las revoluciones de los emperadores, de las herejías y los cismas, de los escán-

dalos y la corrupcion de costumbres, de la ignorancia y de la barbarie de los siglos, la religion cristiana se haya sostenido hasta ahora en su pureza primitiva: en que siempre ha habido y haya todavía un gran cuerpo de sociedad cristiana, una Iglesia principal y dominante, á la cual no han podido jamas convencer de error alguno en su creencia, de ninguna anchura en su moral, de ninguna falsedad ni supersticion en su culto, de ninguna mudanza en su constitucion gerárquica, ni de vicio alguno en su gobierno general; en una palabra, una congregacion que puede probar con títulos auténticos, conocidos de todas las naciones, que por una serie no interrumpida de pastores descendiende de los apóstoles que la fundaron, y que jamas ha sufrido que hiciesen el menor insulto al sagrado depósito de la revelacion divina que recibió de ellos. Ved aquí en qué consiste el milagro de la conservacion de la religion cristiana: milagro no menor que el del establecimiento de esta religion, y que es mas interesante, porque nos presenta un espectáculo mas variado. Aquí Dios, ocultándose muy á menudo bajo el velo de las causas segundas que él mismo pone en movimiento, hace brillar de mil modos diferentes los infinitos recursos de su poder y de su sabiduría. Durante el curso de diez y ocho siglos ha parecido que la religion cristiana estaba sobre el punto de ceder á los combates que la declara por todas partes: y sin embargo, sale siempre victoriosa, sin saberse frecuentemente cómo ha sido.”¹

CAPITULO XV.

CONCLUSION DE LA SECCION SEGUNDA.

Despues de haber demostrado la autenticidad, verdad é integridad de los libros del Antigo y Nuevo Testamento, pasamos á tratar de su divinidad, cuestion indispensable para nuestro plan, puesto que consideramos estos libros como unos códigos en que se hallan textualmente consignados los preceptos del Derecho divino positivo.

Mas la divinidad de los libros santos es inseparable del carácter igualmente divino de la mision de sus autores. Considerando pues la materia bajo esta relacion importantísima, nos propusimos hablar de los enviados y su mision, que es el

¹ Aime. Fundamentos de la fé part. IV, seg. conf.

objeto de esta seccion segunda; y siguiendo la division de las dos grandes épocas históricas que abrazan los acontecimientos á que se refieren nuestros libros santos, hablamos con la separacion debida de los personajes que figuran así en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. En el primero se presentan desde luego Moises y los profetas; en el segundo, Jesucristo y los apóstoles,

Para ser consiguientes al órden de pruebas que nos propusimos, pasamos á examinar en primer lugar las acciones sobrenaturales, de Moises, hicimos luego una enumeracion de las principales, y demostramos que eran unos verdaderos milagros, y que en calidad de tales, probaban la divinidad de su mision. La misma consecuencia dedujimos al recorrer los principales sucesos de su vida por el carácter de su conducta, el cumplimiento de sus profecías y el solemne testimonio que dieron á la divinidad de su mision los mas santos é ilustres personajes del Antiguo Testamento. Por último, entramos en el exámen histórico y filosófico de su legislacion, deteniéndonos un poco mas sobre este punto, por ser este, sin duda, uno de los puntos mas constantemente debatidos entre los políticos cristianos y los publicistas incrédulos. A propósito recorrimos las legislaciones antiguas del paganismo, sin pasar por alto la política de Aristóteles y la república de Platon; y poniendo en paralelo tantos absurdos y crueldades como estos códigos encierran, con la regularidad, el órden y la perfeccion que tanto resplandecen en un sistema de leyes que, como las mosaicas, no son sino un perfecto desarrollo del decálogo, hicimos ver, refutando á propósito las objeciones mas notables, que la legislacion de Moises bastaba por sí para dejar á salvo de todo ataque la divinidad de su mision.

Pasando á los profetas, presentamos una serie de predicciones verificadas ántes de Jesucristo; y no habiendo por tanto necesidad ninguna de suspender el juicio de nuestros lectores acerca de esta prueba, con motivo de las otras muchas profecías que se refieren á Jesucristo, demostramos, sin salir de las páginas del Antiguo Testamento, que se hallaban poseidos de una inspiracion sobrenatural, prueba inequívoca de la divinidad de su mision. El cuadro de su vida, donde tanto resplandecen la fe y otras muchas virtudes; la perfeccion de su doctrina, y la veneracion augusta que inspiran sus obras, vinieron á su turno á robustecer mas y mas la certidumbre del carácter divino, que no podemos desconocer en la mision, y por tanto, en los libros de los profetas.

Llegando á este punto, tocamos ya á los tiempos de la pleni-

tud en que Jesucristo vino á manifestar con su poder, con su santidad y con su doctrina que él era el objeto de las predicciones antiguas, que á él se referian todos los acontecimientos que abarca la historia del pueblo escogido, que él era el Deseado de las naciones, el Mesías prometido en la lei y en los profetas.

Considerado Jesucristo bajo todas estas relaciones, reunia en su persona, como en un centro comun, todos los puntos de vista que habian presentado las épocas que precedieron á su nacimiento, la época en que vivió y los siglos que siguieron á su muerte. Estos tres periodos diversos corresponden á tres historias diferentes, la del pueblo judío, la de Jesucristo y la de su Iglesia; y como Jesucristo es el gran término de perspectiva en el cuadro sublime de la religion, todos los tiempos le aclaman y reconocen por Dios, y pagan de consuno un contingente ilustre á esta grande verdad, el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la Historia de la Iglesia. Nada mas natural que seguir este órden de pruebas en la mision de Jesucristo y sus apóstoles.

Conformes con este plan, hablamos desde luego de los testimonios del Antiguo Testamento, y recorriendo la historia comparada de sus profecías y sus figuras con la vida y muerte de Jesucristo, hicimos ver que él era el Mesías anunciado por los profetas, el Mesías representado en la historia judía, el Mesías prometido á todos los pueblos de la tierra.

Del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, hablando con la debida separacion de la vida de Jesucristo, de su doctrina y de su resurreccion.

Antes de presenciár su nacimiento, somos testigos de las maravillas estupendas que le preceden; al nacer presenciamos los prodigios que acompañan su nacimiento; y cuando todavía no sale de la cuna, pagamos un dulce tributo de admiracion á los inauditos portentos que por todas partes rodean al Hijo de María. Todas estas circunstancias anticipan en nosotros la conviccion de su divinidad, y todo en lo sucesivo corresponde á este concepto. El carácter de Jesucristo y el poder de sus milagros.

El carácter de Jesucristo subyuga irresistiblemente nuestra admiracion, cuando le vemos exento de toda mancha, dueño de todas las virtudes, árbitro de todas las pasiones y asiento inmóvil de una eminente santidad.

La naturaleza de sus milagros, las circunstancias en que los hizo, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que tales maravillas hicieron en el ánimo de sus espectadores y el concepto que formaron de este milagroso

poder los mas interesados en destruirle; todo nos dice que Jesucristo es Dios.

No son ménos visibles los caracteres de esta divinidad en la doctrina de Jesucristo. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas, anuncia bien claramente que no puede ser parto de la razón humana, y que no sería conocida de los hombres si Dios no se hubiese dignado difundirla en la tierra por medio de su palabra divina.

La tercera prueba que dedujimos del Nuevo Testamento, es la resurreccion de Jesucristo, en cuyo apoyo hemos alegado, en primer lugar, el testimonio de los enemigos de Jesucristo, y en segundo lugar, el de sus apóstoles y discípulos.

Despues de haber manifestado que las mismas precauciones tomadas por aquellos contra el hecho milagroso de que se trata, vinieron á servir, contra toda su prevision, para confirmar y robustecer mas y mas la certidumbre de su existencia, pasamos á examinar detenidamente los caracteres con que se presenta el segundo testimonio.

Los datos con que proceden los numerosos testigos que presenciaron la resurreccion, los términos en que dan su testimonio y las circunstancias en que se hallaban, convencen irresistiblemente, segun las reglas de la crítica mas severa, que Jesucristo resucitó: porque de todas las observaciones antedichas resulta, que sus apóstoles y discípulos no pudieron engañarse, no quisieron engañar, ni hubieran podido conseguirlo aun en caso de pretenderlo.

El establecimiento del cristianismo, su rápida propagacion y su maravillosa perpetuidad, constituyen el fondo de las pruebas mas capitales que acerca de la divinidad de Jesucristo nos suministra la historia de la Iglesia. A este propósito echamos una rápida ojeada por la historia de los acontecimientos, y comparando lo sucedido con el carácter y extension de la empresa, el tiempo en que se acomete, los autores que la ejecutan, la conducta que observan y los obstáculos de que triunfan, hicimos ver que nada es tan evidente como la divinidad del cristianismo y de su Autor, el origen celestial de la mision de los apóstoles, y por consiguiente de la Iglesia. Una última prueba de todas estas verdades es el plan sublime de la religion; pero tal es el objeto de la seccion tercera en que vamos á entrar.

SECCION TERCERA.

CONSIDERACIONES FILOSOFICAS SOBRE EL PLAN GENERAL DE LA RELIGION.

El objeto del cristianismo fué sin duda traer al mundo la felicidad, que era imposible existiera sin él. "La carne habia corrompido sus caminos," segun la expresion de la Escritura: pensamiento fecundo, que en tres palabras encierra cuanto podian discurrir los filósofos, é infinitamente mas de lo que podian alcanzar sobre la situacion del género humano y todos sus males progresivos, desde el pecado de Adan hasta el tiempo de la redencion. Este solo pensamiento nos presenta tres ideas que consideramos como la clave de toda esta materia: primera, el hombre giraba por una esfera mui diferente de aquella que habia de conducirle á la verdadera y sólida felicidad: segunda, no contaba de por sí ni con la luz ni con la fuerza necesarias para entrar en este único sendero: tercera, solo un poder sobrenatural era capaz de obrar en el mundo esta universal regeneracion. He aquí el poder del cristianismo: produce exclusivamente por sí en toda la tierra un cambio que no podia verificarse por ningun principio humano; y en la ejecucion de esta obra estupenda fué contrariando ordenada y sucesivamente las causas todas que habian sumergido al mundo en la oscuridad de la ignorancia, en la confusion de los errores, en el abismo de los crímenes; y que, sujetándole exclusivamente al dominio tiránico de los sentidos y de la carne, le habia quitado á un mismo tiempo su luz, su apoyo y sus esperanzas.

El cristianismo viene, como deciamos, á contrariarlo todo; y es claro que, contrariando las causas, debian ser opuestos los efectos. La primera causa, y que puede llamarse general, era el carácter peculiarísimo de la sociedad universal. Todo el sistema de los deberes en ella, se resentia naturalmente de los principios de las legislaciones, de las máximas de la conducta; y como así en unos como en otros obraban casi privativamente los objetos materiales y sensibles, los intereses del tiempo, las afecciones seductoras del mundo y las terribles tendencias de la carne y de la sangre, era del todo preciso dar un carácter opuesto al nuevo reino que venia á establecerse en la tierra: carácter que marcó Jesucristo con una precision divina, diciendo á Poncio Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Verdad es que ha de establecerse en el mundo, que ha de ser visible, que ha de someter á